LITORALPRESS

Fecha: 31-05-2026
Medio: El Mercurio
Supl. : El Mercurio - Domingo
Tipo: Noticia general
Título: **Los últimos billetes de PHNOM PENH**

Pág. : 4
Cm2: 404,9
VPE: $ 5.318.766

Tiraje: 126.654
Lectoría: 320.543
Favorabilidad: No Definida

CAPITAL. Phnom Penh es una ciudad dinámica, desigual, vibrante y hermosa.

Los últimos billetes de PHNOM PENH

Esta capital tiene una historia larga, a ratos insólita, pero muchos de los turistas que llegan hoy al país casi se apuran en pasar la ciudad de largo y ni se enteran. Error que un escritor chileno ha evitado cada vez que viene por estos rumbos desde hace tres décadas.

TEXTO Y FOTOS: *Guillermo García,* DESDE CAMBOYA.

Bellísima capital de Camboya e ícono de la Indochina francesa, Phnom Penh llegó a estar completamente deshabitada hace cincuenta años. Las tropas del Khmer Rouge, luego de ingresar triunfantes el 17 de abril de 1975, obligaron a la población a evacuar la metrópolis y a desplazarse hacia los campos. Quienes por valentía o ingenuidad se resistieron al mandato de dejar sus hogares fueron fusilados. No eran, como se ve, los mejores tiempos para el diálogo. La orden en ese momento parecía sencilla: tomen una olla, arroz, algo de ropa y caminen hacia el interior. Sin excepción: jóvenes, adultos y ancianos. En las caravanas iban también los enfermos y las embarazadas. Al cabo de una semana la urbe, que otrora acogiera a más de dos millones de personas, lucía por entero despoblada.

El éxodo dejaría a Phnom Penh huérfana y en silencio. Así se mantuvo por los largos cuatro años de utopía comunista, que buscaba crear una sociedad agraria maoísta y en la que millones murieron de hambre o ejecutados. Las plantas recuperaron terreno cubriendo algunos edificios, mientras que en las afueras los camboyanos eran forzados a trabajar en turnos de doce y hasta quince horas diarias, preparando terrenos agrícolas o construyendo canales de regadío o realizando labores de siembra y cosecha.

Camboya acabó por transformarse, en pleno siglo XX y a la vista de todas las potencias occidentales, en la mayor cooperativa de esclavos. Se abolieron los mercados y se proscribió la circulación de billetes y monedas; se expulsó a todos los extranjeros y se ejecutó a monjes budistas y a líderes del régimen anterior; se instalaron comedores comunes y las barracas comunitarias reemplazaron a la apacible vida en familia.

Mi primer viaje a esta ciudad lo realicé con apenas veinte años y ahora me sorprendo al darme cuenta de que han transcurrido tres décadas desde aquella vez. El dictador Pol Pot aún estaba vivo, aunque anciano y recluido en Anlong Veng, rincón remoto y áspero del norte en las inmediaciones de la frontera con Tailandia.

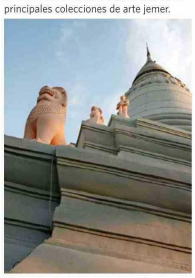
Algunas calles del centro todavía eran de tierra, no había edificios de altura y en el mercado ruso —también llamado **Toul Tom Pong**— el kilo de marihuana costaba veinte dólares. De los componentes que se requerían para hacer un cigarro, era el papel, por lejos, el más costoso. La heroína se transaba en el mismo lugar a solo cincuenta dólares el gramo.

Recuerdo que en uno de los últimos pasillos de ese viejo y caluroso mercado soviético, cerca de la esquina de la calle 163 con la 432, me encontré con un puesto que vendía estampillas, monedas y billetes. Lo atendía una mujer descalza y acuclillada. Era hija de padre chino y madre camboyana. Tras conversar y revisar el material que ofrecía, decidí comprarle un set de billetes de Indochina. Para mí significaba desembolsar toda una fortuna, pues la suma equivalía a cinco o seis días de viaje como mochilero. No tenía cómo saber que esa transacción me marcaría a fuego y sería el inicio de una colección que me trajo muchas veces de regreso a esta capital del Sudeste Asiático.

Ese mismo año, 1997, debí salir en un taxi improvisado —junto a los tres amigos que me acompañaban— con rumbo a Vietnam, porque la guerra había estallado entre los dos primeros ministros que gobernaban el país: Norodom Ranariddh (hijo del rey Sihanouk) y Hun Sen. El aeropuerto de Pochentong fue bombardeado y Phnom Penh retomó por unos días el viejo hábito de los disparos nocturnos, los puestos militares informales y la incertidumbre. Las avenidas volvieron una vez más a estar vacías y los extranjeros desaparecieron de los hoteles.

Quede dicho, no obstante, que los turistas y mochileros usualmente se han saltado esta urbe para dirigirse directo a los míticos templos de Angkor y a las metrópolis de Bangkok y Ho Chi Minh. La asocian más con un pasado trágico que con lo que en realidad ofrece. Se equivocan, sin duda, porque Phnom Penh es harto más que una escala en camino a Siem Reap. Aquí están los atardeceres melancólicos donde confluye el río **Tonle Sap** con el Mekong; aquí merodean también los fantasmas de la dura y triste historia reciente: **Tuol Sleng** (la prisión S-21, hoy convertida en museo) y **Choeung Ek** (*Killing Fields*); y por supuesto está la arquitectura francesa y ese pasado colonial en decadencia, y los cafés y la monarquía dorada y ese bello caos de tuk tuks, motos y autos que convierten a Phnom Penh en una de las capitales más humanas, contradictorias y fascinantes de Asia. En una esquina cualquiera pueden verse cruzando dos Rolls-Royce, un vendedor de frutas en moto y unos cuantos *rickshaws* oxidados. Aquí coexisten monjes descalzos, vendedores de rubíes y zafiros y antiguos guerrilleros que visten de seda.

MUSEO NACIONAL. Guarda una de las principales colecciones de arte jemer.



WAT PHNOM. Según la leyenda, este templo está donde nació la ciudad.

MERCADO CENTRAL. Ícono art déco, fue inaugurado durante el período colonial francés.

PALACIO REAL. Permanece como uno de los grandes símbolos (y atractivos turísticos) de la capital.

ESCENA COTIDIANA. Unos monjes budistas recorren el mercado ruso al amanecer.

PASADO. Una esquina cualquiera de Phnom Penh conserva el aire melancólico de la antigua Indochina francesa.

Tengo un puñado de respuestas rápidas cuando alguien me pregunta las razones por las cuales debiera parar en Phnom Penh –y, de paso, "perder el tiempo"– antes de visitar Angkor. Primera respuesta: el Mercado Central (o **Psar Thmei**) que se levanta como una enorme cúpula *art déco* amarilla en medio de niños sin zapatos persiguiendo a turistas para venderles postales, collares o pañuelos. Inaugurado en 1937, fue una obra asombrosamente moderna para su época: hormigón armado, ventilación natural y una estructura radial futurista que en años coloniales se antojaba más cercana a una estación europea de vanguardia que a un laberinto comercial asiático.

¿Quieren otro motivo? El **Palacio Real** con sus jardines, césped cortado y estupas que en conjunto forman un oasis silencioso en el centro de la ciudad. Se puede visitar su Sala del Trono, utilizada para coronaciones, ceremonias reales y recepciones diplomáticas.

También la célebre **Pagoda de Plata**, con más de cinco mil baldosas de plata maciza, cada una de alrededor de un kilo, donde reposan el Buda Esmeralda y una impresionante figura de oro incrustada con más de dos mil diamantes.

En Phnom Penh el visitante se siente como en casa: todos agradecen y la bondad de sus habitantes se percibe en el ambiente y, como si eso no bastara, los masajes de pies de una hora siguen costando menos de diez dólares.

En cada una de mis visitas posteriores —¡ya llevo diez!— seguí completando el acervo de billetes. Lo hice con meticulosidad, recorriendo sus calles de sol a sombra, accediendo a casas de desconocidos, visitando pueblos fronterizos bajo la lluvia e incluso solicitando audiencias en el Banco Central. A los billetes se fueron sumando estatuillas de Buda. Las primeras, más pequeñas, de metal o piedra, cargadas en mi equipaje; las más grandes, de madera, debieron llegar en barco. En Phnom Penh trabé amistad con monjes budistas, con sobrevivientes, con representantes de ONG y hasta con un agente de la CIA que operaba con una fachada de fotógrafo. Pasé un Año Nuevo occidental junto a la princesa Norodom Sita y su madre, la princesa Norodom Buppha Devi, hermana del actual rey Norodom Sihamoni. Asistí a las audiencias del tribunal que juzgó a los jerarcas y ahí estuvieron, frente a mis ojos, los mismísimos Ieng Sary (ministro de Relaciones Exteriores de los Jemeres Rojos) y Duch (el siniestro director de la prisión S-21). Recibí una carta del rey Sihanouk y luego lo acompañé en su funeral de Estado en febrero de 2013. Escribí un libro sobre la tragedia de Kampuchea Democrática, publiqué otro de fotos sobre Phnom Penh junto a mi amigo Héctor Labarca y edité las *Crónicas Jemeres* del embajador de la Unión Euro-

EL MERCURIO Club de Lectores EL MERCURIO

Viajes Club de Lectores

Ópera en Teatro Colón de Buenos Aires "Otello"

Del 14 al 17 de agosto 2026

Socios $1.735.500/ USD 1.950
Valor final por persona en habitación doble.

Incluye:
- Pasaje aéreo Santiago / Buenos Aires / Santiago vía Latam.
- Traslados Aeropuerto / Hotel / Aeropuerto en servicio privado.
- 03 noches en hotel Casa Lucía 5*, Member Meliá Collection con desayuno Buffet.
- 01 entrada en Platea balcón para la Ópera "Otello" con el gran tenor americano Michael Fabiano (15 agosto 20:00 hrs).
- 01 cena con traslados en restorán Cabañas Las Lilas (o similar).
- Charla previa por Jorge Benítez quien los acompañara durante el viaje.

Bono Club de cortesía: Seguro de Asistencia en viajes.

Reservas y más información llamando al 223 301 130 o en toursclub@mercurio.cl

Valores en pesos correspondiente al equivalente del precio publicado en dólares al cambio de 890 al 29 de mayo 2026, sujeto a variación según el día de la compra.

LITORALPRESS

Fecha: 31-05-2026
Medio: El Mercurio
Supl. : El Mercurio - Domingo
Tipo: Noticia general
Título: **Los últimos billetes de PHNOM PENH**

Pág. : 5
Cm2: 197,8
VPE: $ 2.597.785

Tiraje: 126.654
Lectoría: 320.543
Favorabilidad: No Definida

pea Rafael Dochao, que residió acá dos años y que siente por este enclave el mismo amor que siento yo.

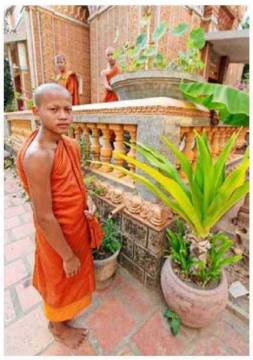
El escritor inglés Julian Barnes advierte que los recuerdos sobre un hecho o sobre alguien se deterioran. Manifiesta Barnes que cada vez que sacamos un recuerdo de su taquilla y lo exponemos, lo alteramos un poquito. Por eso es probable que las historias personales que contamos con mayor frecuencia sean las menos fiables, porque las vamos modificando sutilmente a lo largo de los años.

El autor de *Departure(s)* sospecha de la memoria como principal guía del pasado y llega a postular que los recuerdos no confirmados, no corroborados, son actos de la imaginación.

Tal vez sea esa la razón por la que escribo. Para que los recuerdos no se desvanezcan como una fotografía antigua, con sus colores apagándose por el sol. Y por eso decido volver.

Aterrizo, después de una pausa de diez años, en el nuevo Aeropuerto Internacional de Techo. Es un terminal moderno, grandioso y recientemente inaugurado. El diseño estuvo a cargo de Foster + Partners, célebre estudio británico de Norman Foster. Se trata de una obra de infraestructura muy ambiciosa, financiada por capital chino, que intenta mostrar a Camboya como un país próspero. Dos mil millones de dólares invertidos. De ahí que todas sus señaléticas estén primero en khmer, luego en mandarín y por último en inglés. Se ubica veinte kilómetros al sur de la capital, bastante más alejado que el modesto aeropuerto de Pochentong que tantas veces me recibiera.

TORRES. Nuevas construcciones transforman el *skyline* de la capital.



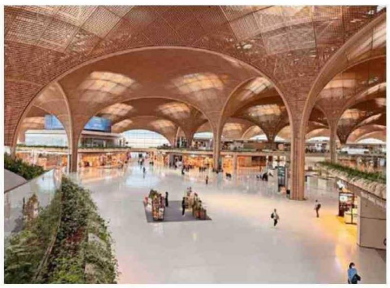
JOVEN MONJE. En la ciudad, tradición y modernidad conviven cotidianamente.

TRADICIÓN. Fideos de arroz con pollo y amok camboyano, puro sabor jemer.

Siento nostalgia al ver cómo todo cambia. Saliendo de Techo y cruzando el **bulevar de Xi Jinping** —no podía ser otro el nombre—, una moderna autopista conecta al terminal con la ciudad. Antaño, en la época de Sihanouk, las grandes avenidas llevaban el nombre del general Charles de Gaulle. El mundo ha girado y las músicas son otras.

Varios carteles anuncian que hoy se celebran los setenta y tres años del rey Norodom Sihamoni, quien actualmente se encuentra en Beijing recuperándose de una cirugía por su cáncer de próstata. Mientras el taxi me lleva al centro me pregunto quién lo reemplazará.

En el centro, el *skyline* comienza a mutar. Varias torres vidriadas de gran altura rompen el equilibrio colonial de esta ciudad horizontal a escala humana. Es el progreso, me digo. Es la influencia y la ola de



CAMBIOS. El nuevo aeropuerto internacional de Techo refleja la creciente influencia china en Camboya.

ENCUENTRO. El autor de esta crónica junto a la princesa Norodom Sita.

Pekín con sus yuanes. Muchas construcciones, rascacielos, torres corporativas y moles de hormigón y vidrio se observan simultáneamente en desarrollo. Las grúas pasaron a formar parte del paisaje, alterando la silueta. Los bares se expanden en vertical, mirando al cielo, en azoteas con vistas panorámicas. Las destilerías locales de ron y ginebra proliferan. También las tiendas de diseñadores locales, cafés de especialidades, casinos y galerías de arte. La **calle 240**, atiborrada de *boutiques*, condensa este cambio. Las generaciones de jóvenes de TikTok, Telegram y Grab (la mitad de la población tiene menos de treinta años), que no crecieron en la memoria de la guerra y están digitalmente conectadas con el mundo, inyectan nuevos aires al espacio.

Todo cambia, pero los aromas son los mismos. El *amok* de pollo, suave y fragante con leche de coco, pimienta de Kampot o jengibre, se seguirá sirviendo en sus restaurantes. La humedad, las raíces levantando las baldosas en las veredas, a menudo intransitables y colmadas de maceteros, mantendrán la esencia inalterable. No se moverá el Palacio Real ni el Museo Nacional, ni menos el **Wat Phnom**, aquel santuario budista sobre una colina sagrada donde, según la leyenda, nació la ciudad. Los camboyanos seguirán despertando temprano y cenando en cuclillas, en mesas plásticas y sillas pequeñas. Aún caminarán por mercados nocturnos y el Año Nuevo khmer mantendrá el agua, siempre el agua, y sus colores.

ELEPHANT BAR. En el hotel Raffles Le Royal, conserva intacto el espíritu colonial.

Un amigo me dijo que debo ir al bar Sora, en la azotea del nuevo y sofisticado hotel Rosewood. "Es el lugar de moda, Guillermo. Un imperdible. Fue incluido en la lista de los mejores bares de Asia".

Pero la nostalgia me obliga a resistirme a subir a un piso 37. Mejor me parece el **Elephant Bar** del hotel Raffles Le Royal, un clásico de clásicos (tal vez el mejor hotel de Asia), y allí tomo un *femme fatale*, el cóctel estrella que fue creado para la visita de Jacqueline Kennedy en 1967. La mezcla de champán, coñac y *crème de fraises des bois* me sienta bien. Mañana iré al Banco Central a buscar unas monedas conmemorativas para mi colección y a reunirme con mi amigo Phirum, que ha conseguido los últimos billetes del período colonial que me faltan. Son onerosos, pero necesarios, yo diría que imprescindibles para cerrar y darle valor al archivo.

Hoy puedo afirmar que la colección está completa. ¡Tan solo tardé tres décadas! Espero que mis hijos sepan entender cuánto me ha costado conquistarla y cuánta energía y dinero hay invertidos en ese esfuerzo. Ojalá visiten Phnom Penh en algún momento y se enamoren de la ciudad de la misma forma en que yo lo hice.

El mundo asocia Camboya con Siem Reap y los templos de Angkor, pero no hay nada más auténticamente jemer que Phnom Penh: una ciudad dinámica, desigual, cautivadora y llena de contrastes. Una urbe vibrante y hermosa; un enclave donde el Oriente, que no existe, se encuentra con Occidente.

Para ser francos, Asia no podrá comprenderse sin recorrer las avenidas de Phnom Penh, sin observar su prometedor presente y, sobre todo, sin valorar este set de billetes coloniales que atesoro en mis bolsillos de visitante enamorado. D

REFERENCIA. La plaza frente al Palacio Real, sobre la avenida Sisowath, es uno de los principales puntos de encuentro.